Escribir no es sino una mortaja con la que querer seguir hablando después de muertos.

*

En épocas de declive, el espíritu se vive como ausencia.

*

La tradición actuaba como trinchera frente al tiempo. Estamos en tierra de nadie.

*

Anhelo de pertenecer, de entregarse, para cubrir de luz nuestros frágiles huesos.

*

Más que abolir el dolor, lo que las terapias orientalistas hacen es tamizarlo, aplanarlo, relegarlo a una experiencia cualquiera como la muela picada o la angustia de una entrevista de trabajo. Es por esta versión edulcorada y parcial del sufrimiento que jamás serán remedios de fuste cuando por fin llegue el Dolor.

*

El embeleco que estoicos, budistas o epicúreos dispersan por doquier es aquel que enseña que la dicha depende de

la propia voluntad, como si el ojo pudiese verse o el dedo tocarse a sí mismos.

*

Aquellas almas que, debido a la educación imperante, no han sido formadas en lo trascendente, acaban quebrándose bajo el peso de alguna palabra intemporal, como aquellos libros que descansan en una biblioteca durante siglos, sin haberse abierto jamás, hasta que cualquier tacto los desmorona.

*

Alocución ante una iglesia abandonada: «Y los hombres mirarán las ruinas, como nosotros admiramos el esplendor de épocas pasadas, y caminarán por ellas como por un refugio perdido».

*

Resulta incomprensible que, frente a una desgracia, el bálsamo más eficaz sea el enhebrado de un relato. Es esta pulsión la que reclaman, por ejemplo, sintagmas como «conocer toda la verdad» o «que se haga justicia», tras un atentado o un accidente. Es la superstición de las palabras: apósito inútil que aún se solicita, para aliviar inútilmente las heridas.

*

El gran narrador crea relatos como vastos continentes, en pos de alguna Tierra. Yo, en cambio, me contento con tallar acantilados frente al mar del silencio.

*

Mientras que, en la dicha, presa del canto del instante, el hombre permanece inerte, completo en su cualidad de ser, la desgracia es necesaria para el progreso, pues sólo en situaciones de agitación se decanta el hombre por el cambio y la mudanza. Es por ello que los progresistas deben querer siempre la manifestación de lo peor, para tener en qué pensar y sobre qué progresar. Sin la desgracia y la pena, no son nada.

*

Dedicarse a la vida sin un yo que la encauce es el objeto último de las filosofías orientales, pero el anhelo de una acción sin apegos se ha de servir de ese yo denostado para emprender tal causa. Necesita, pues, de su demonio, para alcanzar su cielo.

*